

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al Director de GIL BLAS.

Director: LOUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon... 13 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 62, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

No en vano el duque de la Torre se ha entregado por espacio de algunos meses á las distracciones de la caza en los espesos montes de San Ildefonso: preciso era de toda precision que el general Serrano des-cansase de sus trabajos pretéritos adquiriendo al propio tiempo nuevas fuerzas para las tareas futuras.

Tengo para mí que muy en breve echaremos de ver cuánto han sido provechosas á su alteza (!) esas expansiones del ánimo, esas expediciones en que todo se olvida; los rudos trabajos de la regencia y los cuidados penosos de la administracion: y digo que me arrepiento de haber dicho «muy en breve echaremos de ver...» no señor, ya lo vemos, ya lo tocamos, ya recoge la nación el fruto del temporal reposo que el duque de la Torre se concedió á sí mismo.

Y aun hay—calle Vd., si da coraje pensarlo—aun hay quien se queja porque las Cortes no se reúnen, porque el gobierno carece de iniciativa, porque... ¿qué sé yo? ¿Qué quieren esos hombres? ¿Qué pretenden esos disculos? No bien restablecido á sus penates el general Serrano, ya ha tomado una determinacion que inmortalizaria su nombre si ya no estuviera inmortalizado por anteriores y preclaros hechos.

En guerra Francia y Prusia; sin constituir España; en crisis grave Portugal; Italia iniciando una revolucion de trascendencia incalculable, el general Serrano se encarama sosegado y tranquilo sobre eso—á modo de trono—que la regencia sin atribuciones le concede, dirige en torno suyo miradas serenas, y con esa intuicion que parece adornar, por acuerdo divino, á los seres constituidos en autoridad, comprende que lo indispensable y lo urgente es arreglar por el pronto la cuestion de música.

Así debía ser: lo primero es lo primero. Santo y muy bueno es que más adelante se piense en influir como sea posible en que se restablezca la paz; santo y bueno tambien que reconozcamos la república francesa, si así nos parece decoroso y digno—cosa que dudo;—pero sobre todo, y antes que todo, es indispensable arreglar el asunto de la marcha nacional.

De otro modo, ¿cómo nos hemos de permitir confundirnos en el concierto de las potencias europeas? ¿Pues qué es un país sin marcha nacional? ¿Y qué influencia habiamos de ejercer en los futuros destinos de nuestra raza careciendo de ese indispensable requisito?

Andese Vd. con bromas impertinentes ó con lamentaciones injustas. Ahí está fresquito, acabado de elaborar y salpimentado con voces técnicas; el decreto dice así:

«1.º Se abre un certámen en esta capital entre los compositores españoles para la composicion de una Marcha nacional.»

¿Y quién no entra en

Un certámen abierto en esta capital para la composicion de una marcha nacional?

Y mucha cuenta con una circunstancia; la marcha habrá de ser á paso regular, no haga el demonio (que todo lo añasca y entorpece) que salgan por ahí los compositores haciéndola á paso de carga. Habrá de ser tambien en compás de compasillo, y no en otro alguno; su estilo brillante y majestuoso, constando de dos ó tres partes de á ocho compases cada una, ni más ni menos: ocho compases, porque no en vano decía el fabulista:

No tengas ¡oh lector! yo te lo encargo, el cuello ni muy corto, ni muy largo.

Es sensible que no se indique si el tono ha de ser mayor ó menor, aunque es de presumir que para el estilo brillante convendría en tono mayor, bien que acaso para el majestuoso conviniera en tono menor. De todas maneras hace faltá subsanar tal olvido y aclarar este punto dudoso.

Especificados en el decreto, con la minuciosidad más exquisita, veo los instrumentos para los que ha de escribirse la partitura: flautin, requinto, gaxófonos, fiscornos—sí señor, fiscornos—y trompas, y trombones, y bombo, y platillos, aunque, por un acto de benevolencia, se admiten tambien marchas escritas para piano.

El premio consiste en dos mil pesetas, sin contar con el honor envidiable y la inmarcesible gloria que resultará al autor, ante cuyos inspirados acentos se postrarán de hinojos todos los católicos fervientes; porque dicho se está que la marcha se tocará cuando pase Dios, el regente, el capitán general y algunos otros personajes de cierta importancia.

Compréndase ahora si ha sido ó no fecundo el descanso del duque de la Torre: calcúlese además si puede ser cierto—como aseguraban algunos—que habia crisis. ¿Qué ha de haber, hombre, qué ha de haber? Es verdad que entre el ayuntamiento de Madrid y el ministro de la Gobernacion hubo estos últimos dias ciertos dimes y diretes; tambien es verdad que don Nicolás planteó en Consejo de ministros el problema de disolver el ayuntamiento; ¿pero qué diablos de importancia tiene esto si se compara con el certámen abierto para la composicion de una marcha nacional?

Tambien ha querido atribuirse demasiada importancia á los últimos sucesos de la guerra: no diré que carezcan de ella, nada de eso. Antes bien reconozco que la pregunta de Bismark acerca de si las guarniciones de Strasburgo y Metz reconocerian y obedecerian lo que se disponga por el gobierno de Paris, puede traducirse—segun los gustos—ya como una hábil negativa á entrar en negociaciones, ya, por el contrario, como una tendencia á tratar de la paz. Esto—¿quién lo duda?—es grave, y puede traer consecuencias inmediatas de general interés; la actividad con que las potencias continúan sus trabajos de mediacion es tambien un signo gravísimo. Y no hablo de la caída del Papa, porque me sucede lo que es natural á quien desea algo con toda su alma, que

me parece el bien mentira; pero todo eso, ¿qué vale si con la marcha nacional lo comparamos?

No hablemos de crisis, no hablemos de república, olvidemos á Olózaga, prescindamos de si ha abusado ó no de su cargo.

No ambicionemos tanto que acabemos por quedarnos sin nada. Despues de esta, otras medidas vendrán de igual ó de mayor importancia—si mayor importancia cabe.—Harto sabemos que nuestro gobierno trabaja y vela por nosotros, y él nos dará lo que nos haga falta, si Dios quiere, ¿y por qué no ha de querer?

Por hoy frotémonos las manos con gozo íntimo y regodeo espiritual, y digamos: «Bienaventurado el pueblo español, que dentro de un mes y algunos dias tendrá su marcha».

Anda, picarillo, y buen tono que te darás con ella. Hay naciones afortunadas; dichosas las que están regidas por gobiernos celosos que en todo piensan; felices, sí, y bienaventuradas, porque ellas tendrán, como nosotros, marcha nacional, á paso regular, y compás de compasillo.

A. Sanchez Perez.

IVANOS DESEOS!

Yo quisiera que el Pontífice de los católicos fuese hoy un moceton fornido y de pelo en pecho, capaz de arremangarse de brazos, cerrar los puños y embestir á Victor Manuel.

En la lucha del toro y el elefante aposté por éste, y es público y notorio que gané la apuesta.

Tan claramente veia yo de antemano que el elefante habia de ganar, como claro ví de antemano que el Sr. Sagasta provocaba la sublevacion federalista, y tengo buenos testigos de que así lo sentí, porque á tiempo les dije lo que despues confesó el ministro mismo.

Pero la lucha entre un Pio IX y un impío Victor Manuel, como dicen en los pulpitos, si se verificase á puñadas, siendo el Pontífice católico mozo y fuerte como yo desearia, habia de encerrar atractivos de sorpresas, de saltos, de magullaciones, de hemorragias, ora sagradas, ora profanas, que interesarían sobremanera.

Desgraciadamente no lo veré.

Todo se verificará por medios corteses y pacíficos, prosáicos y racionalistas, sin milagro ni intervencion la más remota de la divinidad, como cosa del siglo XIX.

¡Si á lo ménos pudiese yo ver entrar en España un rey nombrado por el entusiasmo público! Un rey... aunque solo fuese escogido á gusto de la mayoría monárquica de la Cámara; así... un rey del cual algun partido pudiese decir: ¡ese es el que queremos!

Pero me voy haciendo viejo, los años pasan rápidamente; el rey de Roma... le busco y no le veo; el de Francia se busca á sí mismo y no se ve tampoco; el de España le buscan muchos y ni saben cómo se ha de llamar...

Vamos: no le veré: me quedaré con las ganas.

¡Señor! ¡Que no ponga yo el deseo en cosa racional!

Yo no pido imposibles.

No pido, por ejemplo, ver al millon y pico que defraudó al país aquel patriarca español; no pretendo



ver el dinero ese de las bulas que dicen detenía el eanónimo Manterola; no deseo ver los millones que se llevaba de Francia la princesa Clotilde; pero ver los cuadros que también se llevaba del Louvre para enterarme de si eran los mismos que de España se habían ya llevado los amigos del primo Bonaparte, eso sí que lo desearia.

Me parece que no puede moverme en este punto ninguna pasión demagógica, ni un impulso ciegamente libidinoso, sino una curiosidad casta, inocente... y sin embargo, ¡no me es dado satisfacerla!

¿Por qué me he de ver tan contrariado en mis deseos más inofensivos, y que tantos otros pueden satisfacer?

Si yo pretendiese ver una conspiración reaccionaria sin eclesiásticos; si yo ambicionara ver al niño Carlos el Terzo blandiendo el acero en los cruentos sacrificios bélicos, comprendo que la voz del cielo airado tronase en mis oídos clamando: «Presuntuoso mortal, refrena tus pasiones, no pidas imposibles; que por un vil gusano como tú, no ha de trastornar el Omnipotente las eternas leyes del universo.»

¿Pero pido yo por ventura gollerías? ¿Qué pido yo en sustancia? ¿Ver un Papa católico bragado? ¡Cuántos no se han visto en otros tiempos!

¿Ver un rey aceptado por los realistas? Pues hasta ahora no se ha visto otra cosa en España y otras partes.

¿Ver unos cuadros robados? Cualquiera escribanillo de mala muerte ha gozado más de una vez de ese espectáculo.

¡Y yo, qué poco afortunado soy!

Cada día circunscribo más y más la esfera de mis deseos y cada día recibo un nuevo desengaño.

Ya, por no ser tachado de codicioso, moderé el ardor con que el año pasado deseaba que fuesen ciertas las noticias oficiales de la pronta terminación de la guerra en Cuba.

Ya, por lo mismo, no quise dar pábulo al deseo de creer en la promesa oficial de que no habria más quintas en España; ya, con algunos escarmentos por delante, ahogué los deseos de que los unionistas empleados siguiesen la misma política que los unionistas no empleados, y cercenando de aquí, comprimiendo de allí, casi no deseo hoy día más que lo estrictamente necesario para una humilde posición social. ¡Y aun así parece que aspire en el vacío!

Si yo fuera de esos hombres que se figuran calzarse con la jefatura de un partido, publicando artículos contra el gobierno á quien sirven; si yo me propusiera idealizar una de las once mil vírgenes, poniéndole el rostro copiado del de la madre del príncipe Alfonso; si yo hubiese deseado que fuese cierta la posesión de candidatos al trono de que se jactaba la mayoría...

Pero si yo jamás he volado por semejantes regiones; si siempre he puesto mis deseos en las cosas más comunes y racionales... ¿por qué he de verme burlado siempre?

Hubo quien, contrariando los designios del cielo, quiso ver en Barcelona una reliquia de Santa Lucía, que está de manifiesto, y antes que verla se le acabó la vista: esto lo comprendo.

Hubo un magistrado que intentó ver las llagas milagrosas de Sor Patrocinio; y, por supuesto, no logró verlas, y me lo explico; pero yo, pobre de mí, ¡que tan poco pido!

¡Oh! ¡Dichosos los que ponen sus deseos en el cielo, porque por disparates que pidan, como se mueren en la confianza de lograrlo, en su vida pueden decir que han sido burlados!

Yo... vamos, no quiero desear nada, nada absolutamente, y... aun ni eso voy á lograr.

Roberto Robert.

## UNA EMBAJADA.

Al ver la situación desgraciada en que se ha colocado nuestro embajador en París, me acuerdo involuntariamente de aquel infeliz provinciano á quien un nigromante anunció que su sino le pronosticaba que moriria ahogado.

Tomó el hombre sus precauciones y no hubo previsión que no adoptara para librarse de tan trágico fin. El limpiaba la comida de huesos, se lavaba como los gatos, jamás tomaba un baño; ¿atravesar él un río? ¡Nunca! ¿Embarcarse en la ría de los Campos? ¡Dispa-

rate! ¿Asomar las narices á un puerto de mar? ¡Jamás, tres veces!

Pero el sino se habia de cumplir, y un día ¡día terrible! mi infeliz provinciano se cayó, cabeza abajo, en una jícara de chocolate y murió ahogado. ¡Trágico fin de un hombre previsor!

¡Pues bien! El Sr. Olózaga debe de haber tenido en sus tiempos algun mago que le profetice muerto de empacho de liberalismo.

¡Tomaré mis precauciones!—diria el hombre—y en efecto, nadie notaba en él esos excesos liberalescos que tan mal sientan á una persona decente.

Su vida ha sido una interminable cadena de hechos del género progresista.

Cuando necesitaba energía, lloraba en el Congreso; cuando era necesario condolerse, se paseaba con la cabeza erguida por las calles de Madrid; cuando aquí se conspiraba, él se iba á Francia; cuando los liberales huían á los Pirineos, él regresaba á la entonces córte y se ostentaba en ella; dijo en la oposicion: «*ó todo ó nada*,» y en el poder ni ha dejado de hacer algo ni ha consentido que se haga todo. ¡Hé aquí, pues, una vida completamente plagada de previsiones!

¿Quién habia de creer, al verle comer con la emperatriz, desatender los intereses de España y compadecer á doña Isabel; quién habia de creer, repito, que la prediccion de aquel gitano nigromante se habia de cumplir, y que la embajada francesa habia de ser su tumba, y un rasgo de liberalismo su jícara de chocolate?—¡Nadie!—Pues oiga Vd...

Se proclama en Francia la república, y es preciso, ó reanudar nuestras relaciones diplomáticas, ó romperlas.

Olózaga consulta á Sagasta. Sagasta le dice: «mantenga Vd. relaciones oficiales,» y él reconoce oficialmente el gobierno francés, haciéndose sin duda este raciocinio:

«Atemperar mi conducta pasada con un rasgo de liberalismo, es lo que necesito yo.—Dar á Sagasta una leccion de diplomacia, es lo que necesita mi partido.—Y reconocer la legitimidad de un pueblo que ejerce su soberanía, es lo que la España necesita.—¡Reconozcamos, pues, el gobierno de Francia!—¿Ha de ser, por otra parte, tan meticoloso el ministro de Estado, que se meta en si oficiales no es lo mismo que oficiales? ¡Tres letras de diferencia!»

Y esas tres letras precisamente han sido las encargadas de derribar al célebre orador; bien que acaso no sea tan grande la caída: hay quien espera que á la postre haya un arreglo.

En todo caso él se tendria la culpa. ¿Quién le mete á interpretar las intenciones del gobierno? ¿No sabia que ser progresista no es lo mismo que ser liberal? ¿No le habian pronosticado que el primer rasgo de liberalismo seria su muerte?

¡Reconocer un gobierno republicano! ¡Reconocer un pueblo que detiene y registra á la princesa Clotilde en vez de dejarla pasar, como aquí se hizo con doña Isabel y el patriarca *enmillonado*! ¡Aprobar la conducta de un pueblo que ahoga la demagogia despreciando y enterrando la *Marseilles*! ¡Reconocer una nacion que se levanta á enmendar las faltas de un soberano cuya torpeza la ha comprometido y la ha arruinado; ¿Habrà imprevision? ¿Habrà osadía? ¿Habrà liberalismo?

Yo comprendo la indignacion que en el primer instante habrà experimentado nuestro prudente gobierno, y me identifico con su enojo y su amargura.

Ha llamado á Olózaga, y Olózaga ha venido; ¿le despedazará? ¿le formará causa? ¿le enviará á un destierro ó á una casa de correccion? Todo puede ser. El daño es irreparable, el enojo justo, el delito grave. ¡Un progresista de ahora que ha sido liberal *una vez*! ¡Horror!

Y bien, ¿á quién se enviará á París? Hay que pensarlo seriamente.

Lo indispensable en el individuo que sustituya á D. Salustiano es que sea progresista de ahora, esto es, al uso de *La Iberia*: satisfecha esta condicion, es ya poco lo que se exigirá.

Que tenga mucho amor á la monarquía.

Que no se entusiasme con las manifestaciones del pueblo.

Que aborrezca todas las repúblicas en general, y la república francesa en particular.

Que sepa tararear el himno de Riego y aferrarse al destino como un ministro á la cartera.

Y despues de esto, que es lo indispensable, será tenida en cuenta como circunstancia muy recomendable, aunque no necesaria, el saber leer y escribir,

pudiendo tambien hacer oposicion los que conozcan el idioma francés.

Alí está el destino. ¡Arremeted con él, progresistas!

## LA SEMANA DEL LIBERAL.

Lunes.

—Vds. no habian nacido aun cuando yo ya habia trabajado mucho por la libertad. ¡Y ahora quieren ser más liberales que yo! ¡Y se llaman republicanos! Si fuéramos á mirar bien las cosas, no me ganarian Vds. á republicano, y eso que nunca me he dado semejante titulo. Yo lo soy de corazon; pero no quiero la república para España porque el vulgo no la entiende. Vds. no callan nunca con los derechos individuales. ¡Si hubieran padecido tanto como yo por la causa de la libertad, no hablarian tanto de derechos. ¡Palo y más palo! Lo demás es una utopia. Y si no, recuerde Vd. lo de Francia el 93.

Martes.

—Vds. lo han echado á perder todo con su república federal, que es cosa que el vulgo no comprende; y sobre todo, ¿cómo ha de ser posible lo que Vds. piden en un país cuyo vulgo está fanatizado por el clero? Por otra parte, Vds., con su irreligiosidad, se han enajenado las simpatías de muchas personas piadosas, lo cual les impedirá ser gobierno mientras no tomen otro rumbo. Es muy bonito eso de decir suprimamos el presupuesto del clero y que cada cual se pague su culto. Pero ¿y realizarlo? Esto es imposible. Seria bello si pudiera realizarse; pero desgraciadamente no pasa de ser una... teoría. ¿No sabe Vd. lo que sucedió en Francia el 93?

Miércoles.

—¿La república? Pero si la república es tambien mi sueño dorado; pero ¡ay, amigo mio! la república es un gobierno para ángeles y no para hombres.

Mire Vd.: si todos los españoles fuesen honrados é inteligentes como Vd., yo no me opondria á la república, no señor, muy al contrario, seria de los primeros; pero ¡esas masas, hombre, esas masas que carecen de ilustracion! ¿No ve Vd. que más de cuatro se figuran que en la república hace cualquiera lo que le da la gana sin respeto al derecho ajeno ni á las mayorías? Por esta razon (le digo á Vd. la verdad), aunque toda España estuviese por la república, yo, hoy por hoy, estaria en contra; porque no nos traeria más que atropellos á la libertad, y... en fin, exageraciones. Recuerde Vd. la Francia del 93.

Jueves.

—Si estamos mal, Vds. los republicanos tienen la culpa. Imposible parece que personas de buen sentido, como Vd., pertenezcan á ese partido.

¿No se avergüenzan Vds. de pertenecer á un partido á donde acude lo peor de la sociedad? ¡Qué caras! ¡Qué fachas! Yo me estremezco solo imaginando lo que seria de España el día en que esas masas desbordadas...

Perecerian las artes; perecerian los más bellos monumentos... La cultura desterrada; el despojo erigido en sistema; la barbarie entronizada; torrentes de sangre... Y Vds., Vds., los de buena fé, las personas decentes, serian las primeras víctimas: eso yo se lo aseguro á Vd.; porque Vds. no podrian contener á esas hordas vandálicas, que harian imposible su gobierno y erigirian un cadalso en cada esquina; porque...

Pero ¿á qué me canso? ¿Tiene Vd. más que recordar la Francia del 93?

Viernes.

—Si Vd. me hablase de república unitaria... tal vez nos entenderiamos; pero ¡federal! Es locura.

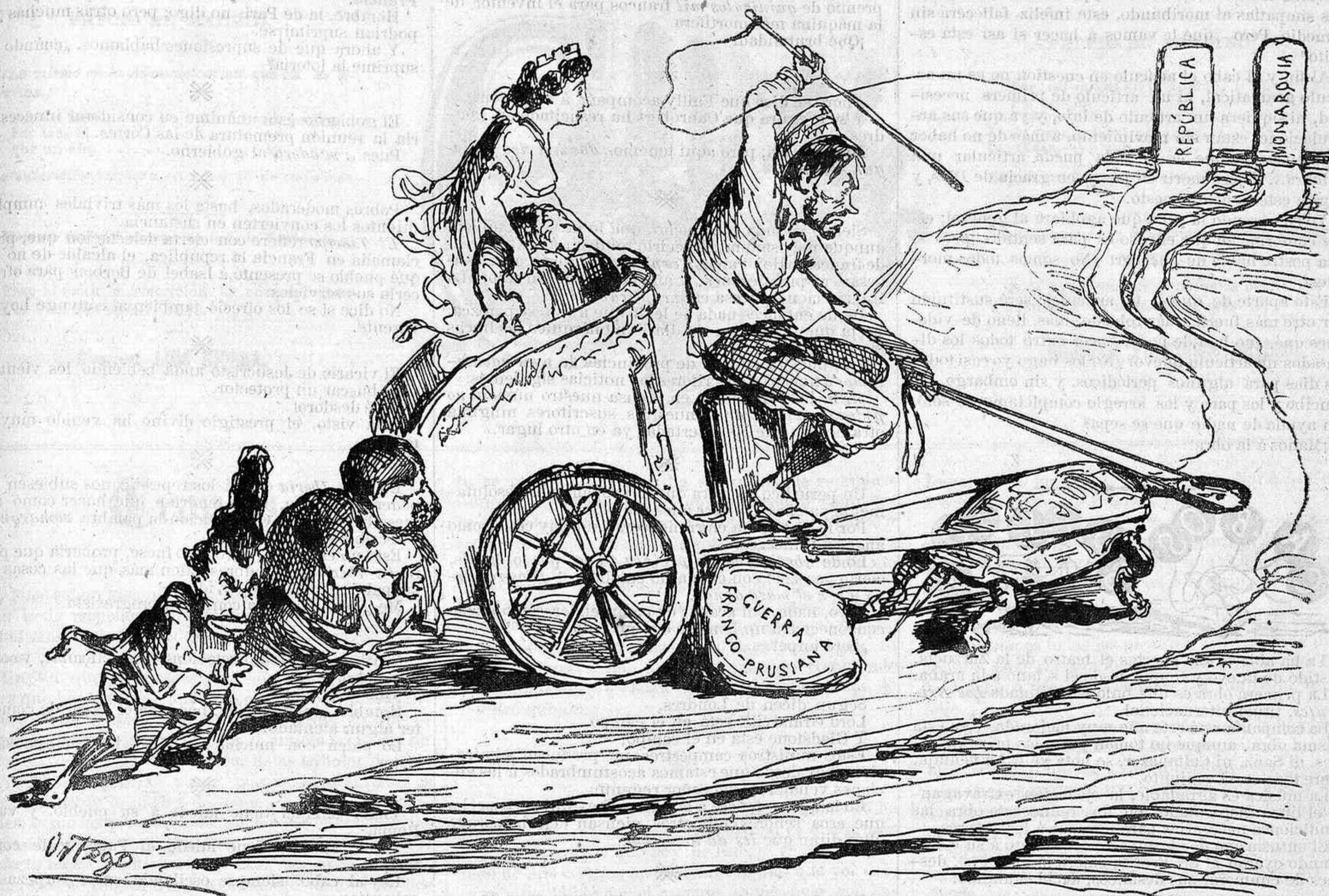
El pueblo no entiende de esas cosas.

Y ¿quiere Vd. que le diga con franqueza mi sentir? Acá para entre los dos, creo que si Vds. no incurren en el error de proclamar la federal, ya tendríamos república en España.

Pero eso de federal, amigo mio, ha asustado á muchos.

A mí no me da cuidado, como puede Vd. comprender, porque ya ve Vd., al fin y al cabo, ¿á mí, qué? Pero lo que es la gente... crea Vd. que la gente... No señor: yo conozco á la gente. Pero Vds. se lo han





—¡Válgate Dios! Todo se vuelve inconvenientes que interrumpen su RÁPIDA marcha.

perdido, y no hay que pensar en que hagan Vds. más prosélitos; porque ya todo el mundo ha abierto los ojos y teme, sí señor, todo el mundo teme, y con razón, señor mío; hablemos sin espíritu de partido, y convendrá Vd. conmigo en que hay razón para temer el triunfo de un partido exagerado, que propaga ideas impracticables, utopías... meras teorías, y que á pesar suyo nos habia de arrastrar á todos á un abismo; porque, francamente, Vd. es persona de juicio y comprende tambien que aquí pasaria... ¿qué sé yo? ¡lo que en la Francia del 93!

Sábado.

—Lo que yo digo, señores; ¿cómo quieren ustedes establecer la república no habiendo gobiernos republicanos en Europa? Esto es soñar ú obrar de mala fé.

Ninguna nacion consentiria que nos organizáramos bajo la forma republicana. Si la república se hubiera sostenido en Francia, ya era cosa distinta; porque al fin dos naciones poderosas unidas, pueden hacerse respetar. Ahí tiene Vd., entonces seria yo republicano: ¿puedo ser más franco? Me parece...

Pero hoy dia, aislados, débiles (porque no nos forjamos ilusiones, somos débiles), atacados desde lo exterior y encendidos y desatados los odios en lo interior... ¡Quiá, quiá, quiá! Locura. ¿Sabe Vd. cuál seria nuestra suerte? La de la Francia del 93.

Domingo.

—No: república en España no puede ser. No estamos para ser monos de imitacion de Francia. No nos hemos de dejar imponer así como así.

Esta es la ocasion de demostrar que somos fuertes y hacemos lo que nos da la gana. Y pobres de nosotros si nos desviamos de esta senda, porque proclamar aquí la república, seria... ¡seria renovar el 93!

Roberto Robert.

## EL POR QUÉ...

¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡Ya dí con ello!

Discurría yo sobre la tenacidad del general Prim en no reunir las Córtes, y monologando, como progresista que no sabe lo que quiere, me decia á mí mismo: «Pero vamos á ver, ¿por qué no quiere el penúltimo Guzman convocar las Córtes?—¿Porque hace calor?—No hay tal cosa, precisamente las lluvias...—¿Será por no molestar á los diputados que veranean?—Ménos aun: casi todos están de vuelta...—¿Temerá que le pidan cuentas?...—¡Sí, sí, bonito es él!—¿Por miedo á los unionistas?—¡Qué ridiculez!—¿Por qué, pues?...

Y al llegar aquí exclamé aquello de: ¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡Ya dí con ello!

Es el caso...

Porque, obsérvenlo Vds., cuán cierto es que cuando ménos se piensa salta la liebre.

¿Esperaba doña Isabel que le sucediera aquello?

¿Creia Napoleon acabar como un pitillo del estanco?

¿Temia Pio IX que su existencia diera fin fuera de Roma?

Y con una lógica idéntica, ¿esperaba nadie un rasgo de conmisericordia y de lástima de parte del presidente del Consejo de ministros?

Pues sí señor, un irresistible impulso compasivo guia al general Prim á no convocar las Córtes.

Y no vayan Vds. á creer que este sentimiento reconozca por causa la obesidad de Coronel y Ortiz, que debe sofocarse mucho en las Córtes, ni los apuros de otro diputado progresista comprometido á pronunciar un discurso en las primeras sesiones, ni el embarazo de los que, siendo diputados y unionistas por vicio, y empleados por *servir á la patria*, van á verse en el

caso de votar en contra del que los mantiene en sus puestos.

No, nada de esto; el móvil que guia hoy al general, el sér que le preocupa y le persigue en sueños y le acomete despierto, es un sér póbete, enflaquecido macilento, angustiado, á quien comunmente conocemos con el simbólico nombre de artículo 33.

¡Oh! y en esto no solo me adhiero al sentimiento del ministro de la Guerra, sino que reclamo para compadecer al artículo 33 el puesto de preferencia que me corresponde.

Yo le compadecí ya al venir al mundo. Cuando vi que se elaboraba á puñetazos, como quien dice, lo mismo que los botijos de Alcorcon; cuando leí aquellos discursazos en su defensa; cuando presencié aquella lucha de monárquicos fervorosos que desde Cruz Ochoa hasta Becerra no cesaban de decir: «Porque ese artículo significa esto.—No señor, significa lo otro.—Pues están Vds. equivocados, que ni lo uno ni lo otro quiere decir.» Cuando observé esto, repito, derramé ya sobre él una lágrima que hoy me economizo al contemplarle cadavérico, espirante, *in articulo mortis*, en una palabra.

Héme aquí, pues, por primera vez en mi vida participando de un sentimiento que aqueja al general Prim. El con el pañuelo en la mano llora la prematura muerte del encanijado artículo, y dice como un padre que ha descubierto la precocidad de un hijo cuando el hijo es difunto: «Pues mire Vd., hubiera valido mucho; era chico que prometia; no se me olvidará en mucho tiempo.»—Y yo, no gimoteando, porque he dicho ya que le lloré con tiempo, murmuro, sin embargo, algo afectado: «¡Vaya, hombre, consuélase Vd. y busque en la religión el paliativo á tan inmensa pena! ¡Salud para encomendarle á Dios!»

Pero aparte de esto, yo creo que los hombres formales no debemos dejarnos arrastrar por las pasiones. Sabemos que al abrir las puertas del Congreso, al re-



novarse el aire en el salon en que tantos exhibieron sus simpatías al moribundo, este infeliz fallecerá sin remedio. Pero ¿qué le vamos á hacer si así está escrito?

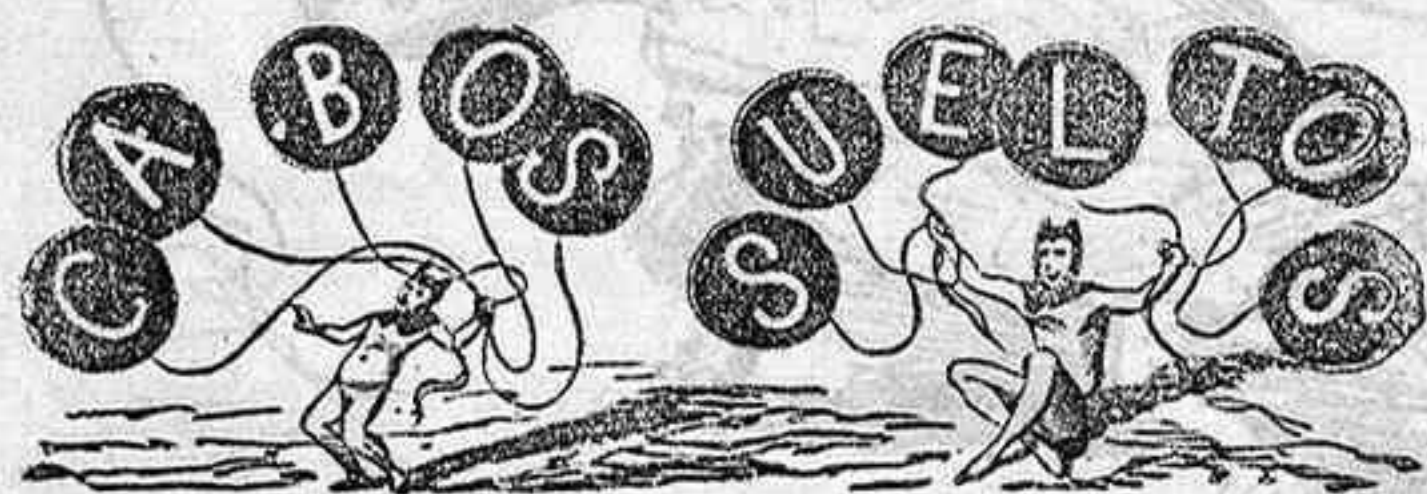
Al fin y al cabo el artículo en cuestion no es un artículo gramatical, ni un artículo de primera necesidad, ni siquiera un artículo de lujo, y ya que sus articulaciones están sin movimiento, á más de no haber esperanzas de que en su vida pueda articular una palabra... déjese morir en paz y en gracia de Dios, y según este tiene dispuesto.

Yo comprendo la pena que agobiará al general; estoy conforme en que el caso es para sentido; pero si á la postre había de suceder! ¿No somos todos mortales?

Esto aparte de que el tal articulejo será sustituido por otro más fuerte, más robusto, más lleno de vida. Pues qué, ¿no han de poder hacer entre todos los diputados un artículo nuevo? ¿No los hago yo casi todos los días para algunos periódicos, y sin embargo, los concibo y los paro y los arreglo completamente solo, sin ayuda de nadie que se sepa?

¡Manos á la obra!

Z.



Ya ha abierto sus puertas el teatro de la Zarzuela, vestido de nuevo y limpio desde el sótano á la araña.

La primera obra es una bufonada titulada *Los Bri-gantes*, título internacional.

La compañía está este año muy mejorada, y en esta misma obra, aunque no toman parte las primeras tiple, ni Sanz, ni Caltañazor, se nota ya gran ventaja, sobre todo en el conjunto.

La música es agradable, la ejecución extravagante, el libro disparatado; en fin, reúne esta obra las condiciones necesarias para agradar á los señores.

El entusiasmo de algunos de estos llegó á su colmo cuando oyeron al Sr. Escriu, cajero ladrón, que, después de enumerar sus desfalcos, decía cantando:

*¡Si seré yo liberal!*

Esto, que no tiene importancia alguna, fué celebrado por algunos como una fina sátira.

Y, para colmo de desgracia, un impaciente silbó. Entonces fué ella. La canción fué repetida, pero á la noche siguiente suprimió Escriu el consabido y gastado chiste:

*¡Si seré yo liberal!*

de modo que á la hora presente ignoramos si el señor Escriu está arrepentido ó no de haberse tomado la libertad de ser liberal.

He dicho que la ejecución fué extravagante, como la obra; pero así y todo me agradaron la Velasco y la Franco, Dalman, Escriu, Zamacois y Miró.

Nos aseguran que los ranchos que en el Asilo del Pardo se dan á los pobres son de tan excelente condición, que los acogidos se ven precisados á coger yerba por el campo.

Si esto es exacto, necesario es convenir en que el espectáculo podrá ser edificante para los aficionados á la vida de anacoretas; pero es poco caritativo.

Siempre hizo de estos milagros la beneficencia oficial.

¡Ah! Si no es exacto lo de las yerbas, no hay nada de lo dicho.

Pero así y todo, la caridad del Estado no merece mis simpatías.

Parece que es cosa resuelta conceder las atribuciones al regente.

Eso, eso. Esperemos tranquilamente los acontecimientos.

Siempre es bueno saber por dónde va la corriente.

Trescientos ó cuatrocientos marineros á quienes el sábado se prohibió en Cartagena que saliesen del arsenal, se insurreccionaron; en vista de esto, dejáronlos salir.

Este triunfo les entusiasmó de tal manera, que recorrieron juntos las calles de la población dando gritos.

No sé cómo no se ha dicho ya que los republicanos turban el orden en Cartagena.

¿A cuándo se aguarda? La ocasión no puede ser más oportuna.

Un periódico de Paris propone la ereacion de un premio de *quinientos mil francos* para el inventor de la máquina más mortífera.

¡Qué brutalidad!

Ahora se dice que Faily acompaña á Napoleon. Y se asegura que Canrobert ha resucitado en Londres.

Más vale así; pero aquí tenemos *dos muertos y ningún difunto*.

Siendo yo muy muchacho, que lo he sido también, aunque me esté mal el decirlo, oí decir á un profesor de francés: «Hoy vamos á *explicar* la interjección francesa:» respiró después, y añadió pasado un rato: «La interjección francesa es *ineaplicable*.»

Desde entonces nada he leído que á esto se parezca, hasta que ví ayer en un diario monárquico las líneas siguientes:

«En nuestra edición de provincias de ayer adelantamos á nuestros suscritores las noticias siguientes:

«A la hora de entrar en prensa nuestro número no podemos adelantar á nuestros suscritores ninguna otra noticia que las insertadas ya en otro lugar.»

Un periódico asegura que la propaganda absolutamente pacífica *envilece* á los pueblos.

Por lo visto para engrandecerse no hay cosa como andar á trancazos.

Lo de *absolutamente pacífica* tiene, por lo demás, cierto parecido con el adagio católico: *A Dios rogando y con el mazo dando*.

Y yo, nada, sin acabar de comprender cómo puede convencerse á un hombre con un palo.

¿Seré torpe?

Segun dicen de Londres, Lord Grandville está en el campo. Y Gladstone está en el campo.

Estos ministros campestres no producen admiración aquí desde que estamos acostumbrados á las aficiones venatorias del señor regente.

En lo que se refiere á la guerra, hay quien sospecha que esos señores ministros piensan dejarla porque ellos dirán que *les da lo mismo*.

El gobierno belga ha reconocido la república francesa.

También la ha reconocido el gobierno español.

¿No tengo razon?

Correspondencias de Paris declaran que Bismark se propone tomar á Paris á todo trance.

Bien podrá ser que se lo proponga.

Pero convengamos en que se propone un acto de bárbarie.

Dícese que el llamado Carlos VII está de regreso en Paris.

No lo creo. Y en caso de estar allí, no permanecerá mucho tiempo.

Es de familia el capricho de presenciar á largas distancias *los jollines*.

Problema.

Dado la población de Utrera y el vecino de la misma D. Manuel Delgado, supuesto que es suscriptor de *Gil Blas*, y que la administración de este periódico se lo sirve puntualmente, averiguar por qué desde el primer número de este mes no ha vuelto á recibir otro.

Recomiendo este problema á la Direccion del ramo, ó á Ramos el de la Direccion.

Prueba un periódico que los clérigos excedentes en las provincias Vascongadas consumen por lo menos ocho millones al año.

Es decir que, poco más ó menos, la ganancia que en verano dejan los forasteros á esas provincias se la comen los curas.

¡Otra gloriosa tradicion!

En los despachos oficiales de Paris se hablaba de los *rojos*.

¿Qué diablos de rojos son estos? Aunque no los distingo bien desde aquí, están oliéndome á monárquicos esos *rojos*.

En estos momentos solamente dos clases de franceses pueden sembrar la division.

Los monárquicos, por locos.

Los traidores á su patria, por miserables.

Se hablaba de suprimir la embajada de España en Francia.

Hombre, la de Paris no digo; pero otras muchas ya podrian suprimirse.

Y ahora que de supresiones hablamos, ¿cuándo se suprime la lotería?

El gobierno está unánime en considerar innecesaria la reunion prematura de las Cortes.

Pues... *m'adero* al gobierno.

Pobres moderados, hasta los más triviales cumplimientos los convierten en sustancia.

*El Tiempo* refiere con cierta delectacion que, proclamada en Francia la república, el alcalde de no sé qué pueblo se presentó á Isabel de Borbon para ofrecerle sus servicios.

No dice si se los ofreció también al cónyuge hoy... vigente.

El vicario de Jesucristo anda bebiendo los vientos para buscar un protector.

¡Qué desdoro! Está visto, el prestigio divino ha venido muy á ménos.

Dice *la Iberia* que si los republicanos subiesen al poder en España, nada tendrian que hacer como no fuese borrar de la Constitucion la palabra *monarquía* y escribir *república*.

Esto no es exacto; pero si lo fuese, probaria que para *la Iberia* los nombres valen más que las cosas y las palabras más que las ideas.

Me gustá á mí esta confesion progresista.

Continúan las manifestaciones republicanas, y continúa el orden.

¡Qué demonio! Hombre, ¿quieren Vds. hacerme el favor de cometer algun atentado?

Lo piden con mucha necesidad los montpensieristas.

Victor Manuel tiene miedo á su pueblo, y va á Roma.

Victor Manuel tiene miedo al Papa, y le contempla.

Rey al cabo: siempre oscilando entre torpezas y cobardias.

Y sin embargo, el Papa caerá... y caerá también Victor Manuel, que es más negra.

## PASATIEMPO.

### CHARADA.

Un dia noté que un ave  
mi *primera* repetia,  
y la *segunda* en un templo  
en Virgen vi convertida.  
Mi *todo* se halla apurado  
por ciertas anomalías,  
y le van á dar un susto  
sin que el mismo Dios lo impida.

La solucion en el número próximo.

## ACADEMIA DE MÚSICA PARA SEÑORITAS.

Cuarenta reales cada asignatura, pagados en dos plazos.—Flor Baja, 26, segundo.

Está abierta la matricula de dos á cuatro todos los dias, y los festivos de dos á cinco, desde el 8 al 30 de setiembre.

**CHOCOLATES SUPERIORES**  
DE LA  
**COMPANIA ESPAÑOLA**  
GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR  
**MADRID.**  
PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FABRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres; limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfeccion en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resultan en la fabrica de la ESPAÑOLA. Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razon y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS. La fabrica puede visitarse libremente.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.